

Mensaje del Obispo para la Conferencia del Cargo de 2026

Transcripción del mensaje grabado preparado por el obispo Dan Schwerin.

Gracia y paz a vosotros.

A menudo vuelvo al libro del difunto teólogo Jürgen Moltmann, “Teología de la esperanza”. Una de las ideas que más me ha marcado es esta: “la esperanza nos ayuda a sobrellevar la cruz del presente”.

Gracias, Área Episcopal del Norte de Illinois-Wisconsin, por practicar la esperanza en el 2026.

Este video para la conferencia de cargo es una oportunidad para conectarme con las congregaciones, aunque sea brevemente. Espero que estén representados en la sesión de la conferencia anual —se espera la asistencia tanto de laicos como de clérigos—, pero para todos ustedes que se reúnen en esta conferencia de cargo, esta es una ocasión para llegar a más personas. También me sorprende la cantidad de gente que ve este video en nuestras 700 iglesias.

Una vez entré en un establecimiento de hamburguesas y helado de crema, ya que me gusta apoyar a los negocios locales, y me sorprendí, y hasta me sentí un poco avergonzado, cuando alguien me dijo: “¡Hola, obispo!”.

Pensé: “Espero que les guste su pastor”, pero él añadió: “Oiga, le reconozco... ¿qué le parece si hoy le invito el helado?”.

Así que, como ven, es de vital importancia que proyectemos este video en todas nuestras iglesias durante la temporada de conferencias de cargo.

Consideren conmigo, amados, que practicar la esperanza no consiste en albergar expectativas sobre nuestras circunstancias ni en un simple optimismo.

El Talmud relata una historia sobre un sabio judío llamado, a veces, Honi, el «trazador de círculos».

Un día, Honi caminaba por un sendero cuando vio a un hombre plantando un algarrobo. «¿Cuánto tiempo tardará este árbol en dar fruto?», preguntó Honi. «Setenta años», respondió el hombre.

Honi quedó desconcertado. «¿Está seguro de que vivirá otros setenta años para disfrutarlo?».

El hombre respondió: «Cuando llegué a este mundo, lo encontré lleno de algarrobos plantados por mis antepasados. Así como ellos plantaron para mí, yo planto para mis descendientes».

Entonces, la historia da un giro inesperado. Honi se sienta a comer, cae en un sueño profundo y una formación rocosa crece a su alrededor, ocultándolo de la vista mientras duerme durante setenta años.

Cuando despierta, ve a alguien recogiendo frutos del algarrobo. «¿Eres tú quien plantó este árbol?», pregunta Honi.

«No», responde el hombre. «Soy su nieto».

Me conmueve profundamente la imagen de un abuelo —o un gran antepasado— plantando un brote sabiendo que quien lo planta nunca probará su fruto. Así que aquí estamos, arrodillados sobre la tierra de nuestro futuro. Estamos arrodillados sobre la tierra de los nietos.

Como he dicho antes, la mayoría de nuestras iglesias reúnen a 35 personas o menos un domingo por la mañana. Cada vez encontramos más grupos reducidos en entornos con escasos recursos propios que consumen montos de cinco o seis cifras en apenas seis meses, tan solo para mantener abiertas las puertas de su iglesia.

Cuando el superintendente pregunta si podemos gestionar mejor los recursos, he escuchado a líderes metodistas unidos decirles a los superintendentes de ambas conferencias: «No me importa; solo quiero que la iglesia permanezca abierta el tiempo suficiente para celebrar mi funeral». O bien: «Es nuestro dinero, ¿por qué no usarlo así?».

¿Cuál de estas dos formas representa nuestra misión?

El dinero que se entrega a la Iglesia Metodista Unida se entrega primero al Señor... y estamos juntos en esto para hacer discípulos de Jesucristo —esa es nuestra razón de ser— y para transformar el mundo.

Arrodillado sobre la tierra de nuestro futuro, quiero plantar una presencia metodista unida capaz de tocar el corazón de los nietos de esta tierra y de transformar el mundo al que habrán de enfrentarse.

Mi pregunta para ustedes en este momento es: «¿Podemos ser mejores antepasados?».

¿Podemos considerar qué vecinos de su comunidad necesitan el abrazo divino de su iglesia?
¿O qué esfuerzo conjunto con diversos ministerios podría arrodillarse sobre la tierra de nuestro futuro y sembrar semillas que bendigan a las próximas generaciones?

Ustedes y yo estamos practicando la esperanza; les he hablado abiertamente sobre mis nietos. Tienen miedo de salir de casa por el color de su piel. Llevan sus pasaportes en las loncheras. ¿Se sentirán atraídos por una iglesia que, en silencio, se alinea con la práctica de la discriminación racial o con una realidad colectiva en la que se persigue a las personas en los bancos de alimentos o en sus lugares de trabajo, y en la que personas sin antecedentes

penales pueden ser hechas desaparecer? ¿Experimentarán a Dios en iglesias que guardan silencio ante el mayor dolor de sus vidas?

¿Podemos ser mejores antepasados para los nietos? Preparo estas palabras mientras el humo aún flota en el aire y mientras respondemos a tormentas como la que causó tantos daños en Menasha. Ambas conferencias han sufrido supertormentas. Agradezco profundamente a quienes responden ante los desastres —no nos cansemos de hacer el bien— y me pregunto: ¿podemos ser mejores antepasados en el cuidado de la Tierra?

La esperanza cristiana nos ayuda a sobrellevar la cruz del presente. La esperanza es más que un optimismo superficial; no ignora el daño ya causado ni finge que todas las semillas sobrevivirán.

La esperanza simplemente se arrodilla sobre la tierra de nuestro futuro y deposita en ella algo de bien potencial. La esperanza sirve a Jesucristo sin exigir que el futuro nos recompense. La esperanza proviene de la abundancia de Dios de la que leemos en Romanos 5: el Espíritu derramado en nuestra existencia con una abundancia de bien. Llevemos esa esperanza con nosotros para cargar las cruces del presente. Hagamos de la esperanza un verbo.

Que seamos mejores antepasados. Gracias por su ministerio.
